

INTRODUCCIÓN

En este ensayo, el recientemente fallecido historiador mexicano Ignacio del Río² nos da cuenta de su experiencia como jornalero en los campos agrícolas del estado de California, suceso que aconteció en la década de los años 50 del siglo pasado, cuando Del Río contaba entre 12 y 17 años de edad. Su recuento nos ayuda a entender cómo era la vida, en esa región del oeste estadounidense, de los jóvenes mexicanos migrantes, indocumentados la mayoría, de extracción social urbana, a diferencia de los de origen rural, con otras perspectivas de su estancia en el país vecino.

Las vivencias laborales de Del Río, siendo casi un niño, nos introducen en la existencia del trabajo infantil en el agro californiano, algo poco explorado en los estudios existentes sobre el Programa Bracero. Al mismo tiempo nos ofrecen una imagen fiel de los mecanismos de contratación existentes, así como la dependencia de la agricultura californiana del trabajo manual y el rol coadyuvante de los peones mexicanos en el desarrollo de esta actividad económica en California, considerado el granero de la Unión Americana.

El interés de nuestro entrevistado por platicar sobre esa etapa de su vida fue fundamental, pues mostró una gran disposición para ser entrevistado, hablándonos sin reservas no sólo de su experiencia laboral sino de sus conflictos existenciales, y familiares. Hurgamos no sólo en sus prácticas como bracero,³ sino también en las razones personales que lo indujeron a aventurarse a irse al Norte, a Estados Unidos.

Si bien, lo platicado por Ignacio del Río nos ayuda a descifrar una parte de su vida, al mismo tiempo nos proporciona pistas sobre la variedad de características históricas y sociales del

¹ Maestra en Sociología por FLACSO-México. Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UABC. Miembro del Cuerpo Académico de Estudios Sociales (CADES), correo electrónico: <aidel@uabc.edu.mx>.

² Ignacio del Río Chávez nació el 19 de agosto de 1937 en Ciudad de México y falleció en La Paz, BCS, el 9 de junio de 2014. Doctor en Historia, fue desde 1969 investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Hizo importantes contribuciones a la historia del noroeste mexicano novohispano y publicó más de una docena de libros, además de innumerables capítulos en libros y revistas sobre la California jesuítica y las reformas borbónicas en el septentrión novohispano.

³ Braceros es un término genérico que se utiliza para denominar a todos aquellos mexicanos que, con o sin papeles legales, participaron en las distintas tareas agrícolas del agro estadounidense, durante los años de vigencia del Programa Bracero (1942-1964).

mencionado fenómeno migratorio. Este testimonio enriquece y modifica la percepción que se obtiene acerca del Programa Bracero cuando ésta se basa sólo en la revisión de fuentes hemerográficas e informes oficiales gubernamentales, logrando así una apreciación “distante y distinta” del mismo, como acertadamente lo señala Irina Córdoba.(Córdoba, 2013: 91).

LA PRIMERA INCURSIÓN AL NORTE

El primer viaje de Ignacio del Río al Norte tuvo lugar a los 12 años de edad, cuando aceptó la invitación de un compañero de la escuela para correr una aventura: ir a Estados Unidos. Estudiaba el primer año de los tres de la secundaria y *Nacho* que, debido al sorpresivo fallecimiento de su madre un par de años antes, vivía con su abuela materna, accedió a acompañar al amigo que empeñó su bicicleta para costear el viaje. “Íbamos un poquito a la brava, a la aventura” admitía, aunque reconoce que a raíz de la pérdida de la madre y la decisión de su padre de irse a vivir a La Paz con su nueva familia, se sentía abandonado.

Eran mediados del año 1950. El Programa Bracero se había inaugurado en 1942 y aunque originalmente dicho convenio binacional entre México y Estados Unidos fue concebido para apoyar al país vecino ante la escasez de mano de obra que tenía para levantar las cosechas agrícolas, debido a la participación de éste en la Segunda Guerra Mundial, el programa se fue renovando periódicamente hasta su cancelación definitiva en 1964 (Córdoba, 2013: 92). Durante 22 años, el gobierno de nuestro país envió jornaleros para que llevaran a cabo en Estados Unidos las arduas labores del campo, en especial las relativas a la recolección de la producción agrícola.

Pero *Nacho* y su compañero de clases no tenían entonces la menor idea de esto. Tal como lo recordaría 60 años después: “La palabra bracero no entraba ni en el pensamiento ni en el lenguaje de estos dos muchachitos”, refiriéndose a él y su amigo. Lo cierto es que la primera vez que emprendió el camino rumbo al Norte lo hizo hacia Monterrey, en donde se encontraba uno de los principales centros de contratación que el gobierno de México había abierto para enviar mano de obra mexicana a trabajar en el campo estadounidense.⁴

El plan de nuestro amigo y su compañero era llegar a Reynosa, Tamaulipas, por lo que una vez en Monterrey se subieron al tren rumbo a Reynosa a donde arribaron muy de madrugada. Riéndose, Ignacio del Río rememoraba: “¡Imagínate dos chamacos de doce años con

⁴ A partir de 1949 se establecieron centros de contratación de braceros mexicanos en Chihuahua y Monterrey para “evitar aglomeraciones en la frontera e inmigraciones ilegales” (*El Sol de León*, 29 de julio de 1949). Entre 1942 y 1944 habían estado en Ciudad de México y en Irapuato así como en Guadalajara durante 1944 y 1947.

un velizote y preguntando que por dónde estaba el río!”. Después de que escuetamente les indicaron: “Pues, por ahí”, salieron de la ciudad y caminaron.

Llegamos a la zona del río y asustadísimos. ¿Cómo vamos a pasar por aquí? A nosotros se nos hacía un río muy caudaloso, traía una como espuma que venía moviéndose con la corriente y tuvimos la duda de que si serían animales. “Oye, hay cocodrilos”, dijimos con ignorancia e inocencia y al darnos cuenta que no íbamos a pasar el río, ahí nos quedamos dormidos, porque la noche anterior no habíamos dormido.

Los despertó un hombre que les ofreció ayudarlos a pasar a cambio de gran parte de la ropa que traían en la maleta,⁵ quedándose sólo con lo que llevaban puesto y con una camisa extra. El hombre los llevó a un rancho en donde, cerca de la medianoche fueron por ellos, y por otras “gentes” que estaban en el lugar. Se pusieron de acuerdo con un patero, quien los pasaría al otro lado del río. “Les decían pateros porque a la embarcación la llamaban pato, así como en donde no había río sino cercos de alambres, les comenzaron a llamar polleros”, acotó nuestro entrevistado.

Nacho nos narró con detalle cómo hacían dichas embarcaciones:

En un cierto sitio se subieron los dos o tres pateros que iban ahí y bajaron de la copa de un árbol la armazón del pato, que era de ramas, de esas que se hacen curvas, amarradas, bien amarradas y, por otra parte, llevaban una lona impermeable; pusieron la lona, luego la armazón de ramas arriba, la amarraron y quedó hecha la lancha. Solamente llevaban un remo para medio orientar la embarcación, pues era como la corriente te iba llevando y con el remo simplemente iban empujando.

Llegaron al otro lado del río, unos 200 metros más debajo del punto donde se habían embarcado y, junto con otros señores, los chiquillos pasaron a territorio texano. Algunos de sus acompañantes ya tenían contratado un camión que los iba a llevar a McAllen o algún rancho. Los que se quedaron, cuando vieron al par de chiquillos sin saber qué hacer, los invitaron a irse con ellos: “Nos fuimos no sé si a McAllen o algún otro pueblo. Pasamos la noche con gente que conocía a los otros, pero nosotros éramos totalmente advenedizos”.

Nadie les preguntó qué andaban haciendo. Del Río se acordaba que había gente de todas las edades moviéndose en la frontera, desde niños como ellos, o jovencitos entre los 13 y 18 años

⁷ El equipaje se componía de dos o tres juegos de camisas y pantalones, tanto de *Nacho* como de su amigo, que habían sacado poco a poco de sus casas, antes de salir de Ciudad de México.

hasta señores de 25, 30 o 40 años: “La palabra más común para referirse a los que andábamos así, en aquel tiempo, era 'vagos', o andar de vagos”.

Fue así que llegaron a un pueblo desconocido con sólo lo que traían puesto y sin un quinto. La generosidad de los compatriotas mexicanos los alimentó durante casi una semana, en calidad de arrimados en diferentes casas, tiempo durante el cual intentaron sin suerte conseguir trabajo. “No nada más estuvimos en una casa, sino de ahí nos pasábamos a otra y a otra y a otra de gente mexicana”, mencionaba Del Río, poniendo al descubierto las redes de apoyo que existían entre los mexicanos que buscaban trabajar en el suroeste de Estados Unidos. Redes que incluían “a los que estaban viviendo allá, a los que tenían mucho tiempo, a los que tenían papeles, a los que habían nacido allá y a los que recién llegaban. Nosotros estábamos como arrimados y no faltaba quien nos diera un taco”, agregaba.

Texas, uno de los principales cultivadores de algodón de Estados Unidos, había sido vetado de lo que algunos estudiosos llaman el segundo Programa Bracero, firmado en 1949, debido a las constantes quejas que había por el maltrato que los rancheros texanos daban a los mexicanos que trabajaban en sus campos. Sin embargo, esto último no impidió que continuara el trasiego de mexicanos rumbo a Texas, pero ahora lo hacían al margen del programa gubernamental, en calidad de ilegales, sin documentos que ampararan su estancia en ese estado.⁶

La incertidumbre pronto cansó al par de criaturas, que probaron suerte en varios ranchos recomendados por sus conocidos, después de balbucear dos que tres palabras en inglés, como “Hey mister, no got a job?”. Aquella situación los decidió a regresar a México. “Salimos a las siete u ocho de la mañana, y llegamos a Reynosa a las diez de la noche, no sé de qué pueblo habríamos salido. En el camino comimos puras naranjas”, recordaba.

Al llegar a la frontera se encontraron con que tenían que pagar 25 centavos de dólar para poder pasar el puente fronterizo. Como no traían dinero y sin saber qué hacer, se sentaron a esperar. Lo curioso, recapacitaba, era que “la Migración nos veía y nada, nos habían visto varias veces, cuando veníamos, había pasado la julia o patrulla de la Migración y ni nos pelaban a los dos, seguramente por el aspecto de niños que teníamos”.

⁶ Una de las preocupaciones del gobierno mexicano fue detener los abusos que cometían los dueños de las granjas y ranchos con los jornaleros mexicanos. Los rancheros texanos fueron los más señalados hasta tal punto que el gobierno mexicano vetó a Texas dentro del primer Programa Bracero, al no enviarle campesinos para pizar en los campos algodonereros de ese estado. Sobre este tema se recomienda Otey M. Scruggs, “Texas and the Bracero Program, 1942-1947”, en *Pacific Historical Review*, vol. 32, núm. 3, agosto de 1963, pp. 251-264.

El caso es que un hombre los ayudó a cruzar pagando la cuota y los orientó para que se fueran a la comisaría de policía y pidieran permiso para dormir ahí. Así lo hicieron: “Fuimos ahí, pedimos permiso y nos metieron a una celda y a la mañana siguiente nos dejaron salir”. Tal vez era algo muy común porque los policías no les preguntaron nada, especulaba *Nacho* al respecto.

A partir de ese momento, *Nacho* siguió su camino sin su amigo de la secundaria. Esto era muy común, advertía. Recordaba haber ido de aventón a Monterrey, en donde estuvo un par de días, pues el último chofer que le dio *raite* le pagó hospedaje en un hotel de camioneros que salían rumbo al Distrito Federal, con la esperanza de que consiguiera a alguien que lo quisiera llevar. Desesperado, a los dos días, decidió regresarse por carretera, iniciando un periplo de alrededor de tres meses a bordo de carros, camiones y hasta en una carreta jalada por caballos.

En el ínter trabajó cerca de Montemorelos, Nuevo León, primero cortando pasto y luego en una casa muy elegante que contaba con albercas y una huerta con cientos de árboles de naranjos, un naranjal. Ahí estuvo dos meses y medio, trabajando en la huerta.

En el trayecto de regreso a Ciudad de México pasó por Ciudad Victoria, Tamazunchale, Ciudad Valles, Ixmiquilpan. “Ya no me acuerdo por cuáles pueblos pasaba pero todo el camino venía pensando: voy a llegar con mi abuela y ya con ella me quedo en lugar de volverme a ir con mi padre”, nos contó.

Sin embargo, al llegar lo esperaba la infausta noticia del deceso de su abuela, fallecida tres meses antes durante la ausencia del nieto. A pesar de tener a su padre vivo, pero con el que había tenido poco contacto, la percepción de orfandad fue total: “Entonces sí ya me quedé completamente huérfano”, nos comentaba aún con tristeza seis décadas después. Era el mes de octubre de 1950. Seis meses había durado la primera aventura como migrante del futuro historiador.

Para nuestro amigo comenzó un periodo de inestabilidad emocional. “Andaba en crisis existencial”, nos reveló Ignacio del Río. Al principio vivió con una tía paterna en Ciudad de México, luego en La Paz con su padre y su nueva familia y de ahí de nuevo al Distrito Federal, enviado por su papá, a casa de unos amigos, con el ánimo de alejarlo de algunas malas compañías. “Fue una mala decisión porque me volví a sentir abandonado, no cabía en ningún lado y, entonces, me fui a la frontera”.

EL NORTE: ESCUELA DE LA VIDA

El Norte, Estados Unidos, la frontera se convirtió, para aquel niño casi adolescente, en el espacio-refugio, en la escuela de la vida, en el lugar en donde se transformaría en hombre. Durante más de tres años, entre mediados de 1952 y de 1955, Ignacio del Río estuvo moviéndose entre Ciudad de México y la frontera norte.

El noreste mexicano ya no sería nunca más su ruta. Enterado de que en California pagaban mejor que en Texas, ahora los caminos serían por el lado del Pacífico mexicano. Sin dinero para viajar, salió de la estación ferroviaria de Guadalajara, y trampeando trenes llegó a Benjamín Hill después de pasar por Hermosillo y luego hasta Mexicali, como paso hacia Tijuana. En esta segunda incursión, su compañero sería el hijo de un sastre a quien había conocido en Ciudad de México.

El afán de aventura nos movía a un buen número de los vagos que andábamos en esto, no a los de origen rural que iban a Estados Unidos a ganar dinero y todo era en función de ello. Nosotros, los de origen citadino, no siempre era eso. Sí, ganar dinero, pero para la aventura, la diversión, para escapar, para conocer otras cosas, eran otras las motivaciones. Para vivir una situación distinta de México, lo que veía uno en las películas.

Tijuana era la meta, pues pasar por ahí hacia California no era tan difícil entonces como ahora: “atravesaba uno por partes de la ciudad, por la garita hacia adentro, no por el lado de las marismas, normalmente se iba uno por el traque,⁷ como se le decía a la vía del tren, por ahí a San Diego, más o menos 16 millas.⁸ Era como la guía para no perderse”. Una vez en San Diego, el siguiente paso era trampear en tren para seguir adelante. Aquí es donde *Nacho* se percató de los peligros que corrían:

Ahora pienso yo, de mucho peligro, insólitos, por ejemplo en los vagones de los refrigeradores donde llevaban verduras, en las orillas tenían unos espacios angostitos, con las ventanillas arriba donde echaban hielo, pero cuando iban vacíos iban abiertos para la ventilación. Ahí nos metíamos, pero no sólo eso, quitábamos unos fierros que había abajo, unas especies de parrilla y nos metíamos debajo de ella. De tal manera que si hubieran echado el hielo ahí, ya no lo cuentas o que hubieran cerrado las ventanillas y ya ni quien te oye.

También había unos trenes que llevaban granos, cemento o cal, pero con unas tolvas con salida hacia abajo. Entre las dos tolvas de cada vagón había un hueco donde nos metíamos y en ese hueco te ibas sentado agarrado de dos tubos, viendo cómo pasaban los durmientes ¡imagínate!

¹⁴ Del inglés “track” que significa vía, camino, pista.

¹⁵ El equivalente a 20 kilómetros.

Otra era pescarte de una escalera e irte agarrado de ella, pero era más fácil que te agarrara la Migra.

Durante un poco más de tres años, el adolescente repitió esta travesía para poder llegar a California, desde San Diego hasta Stockton, pasando por la zona de Los Ángeles. El historiador del noroeste novohispano calculaba que entró y salió de Estados Unidos unas 20 o 25 veces y que en ese periodo viajó hasta la frontera unas tres o cuatro veces, pues regresaba a Ciudad de México a pasar las fiestas decembrinas. Durante esos años, su permanencia en el país vecino fue intermitente: cuando más duró fue nueve meses, pero en otras ocasiones, sólo tres o cuatro meses. En otras un día, una hora.

La mayoría de las veces cruzó por Tijuana. “Una vez me pasé por Mexicali, nos fuimos a El Centro, California, luego, de alguna manera, trampeamos el tren y fuimos a dar a Indio y por ahí nos agarraron, luego pasé por Algodones, nos fuimos a Yuma, Arizona, pero la mayor parte de las veces fue por Tijuana”, se acordaba. Salvo la vez que cruzó el Río Bravo nunca recurrió ni a polleros ni nada parecido.

El primer tramo era a pie, de San Ysidro, de la línea a San Diego. A partir de ahí lo común era trampear en tren, y de ahí para adelante autobús, *raites*, aunque el autobús era muy común, porque ya había pocos retenes de Migración. Entre Tijuana y San Diego dos o tres retenes, de San Diego en adelante muy espaciados y de Los Ángeles para arriba casi ninguno.

En California trabajó eventualmente como lavaplatos y en la construcción de casas, pero principalmente en la siembra y cosecha de calabacita verde, fresa, uva, pepino, ejotes, chícharos, betabel, ciruela, durazno, uva, tomate y hasta pizcando algodón. Llegó a ser *swamper*, una especie de ayudante que se usa para apoyar las labores agrícolas, y aprendió a sobrevivir y conocer los pormenores de la vida de los mexicanos en el suroeste de Estados Unidos.

Bonita, Encinitas, Oceanside, Visalia, King City, Manteca, Del Rey, Delano, Stockton fueron algunos de los lugares donde trabajó. Vivió en casas como abonado, en cuartuchos con baños colectivos, en “casuchillas”, en galerones, hasta con familias. Un par de ocasiones lo sacaron por San Diego, pero tal como Del Río comentaba “apenas iban bajando los otros del autobús cuando ya íbamos por el traque pasando de nuevo”. También varias veces lo devolvieron por Nogales, Sonora, aunque lo habían capturado en California. Según refería *Nacho*, el gobierno mexicano permitía a los expulsados usar el ferrocarril para regresarse a sus lugares de origen: “En el tren normal ponían dos vagones de esos de carga, destinados exclusivamente a que se

subieran los que echaban del otro lado y los que quisieran irse a su lugar. Tenían el pasaje, pero no la comida, el tren no les cobraba”.

Una de las veces que lo “agarraron” en Los Ángeles, lo llevaron a San Diego donde lo treparon a un avión que lo llevó hasta McAllen, Texas, donde vivió en un corralón entre tres o cuatro meses y de donde lo echaron por barco hasta Veracruz y de ahí en un par de vagones desocupados hasta Lechería, de donde se regresó de nuevo al Norte.

Ya en Estados Unidos volvió a vagar sin rumbo. En una ocasión caminó solo por las vías del tren a altas horas de la noche, cantando para amainar el miedo de niño adolescente. Trabajó jornadas diarias de ocho o nueve horas, aprendió el *slang* chicano y a vestirse y comportarse como pachuco. Sólo una vez, pasó legalmente la frontera como bracero, a través del centro de contratación que desde finales de los años 40 se abrió en Mexicali, la capital del entonces recién creado estado de Baja California.

DE BRACERO A PACHUCO

Mexicali se había convertido en uno de los espacios saturados de jornaleros y campesinos que buscaban ser incluidos en las listas de reclutamiento para pasar a Estados Unidos. “Año con año pasan por la frontera de Mexicali-Caléxico más de 300 mil campesinos de todas partes del país que se dan cita en aquella lejana frontera”, escribió con amargura Braulio Maldonado en 1961, un par de años después de haber dejado la gubernatura de Baja California,⁹ lamentándose del deprimente espectáculo dado por una multitud de campesinos, la mayoría jóvenes, que habían abandonado sus lugares de origen y que “con prisa” buscaban cruzar la frontera.

Ignacio del Río fue uno de estos jóvenes y evocaba su experiencia en Mexicali:

Llegué a Mexicali esa vez y me enteré de que estaban contratando ahí braceros, ¿y qué se necesita?, pues el acta de nacimiento y escribí rápidamente a La Paz: “Papá, mándame rápidamente un acta de nacimiento” y me la mandó a lista de correos. Con esa acta de nacimiento, debo de estar hablando del año de 54 si no estoy equivocado, fui, porque así se tenía que hacer, a alguna oficina de Mexicali, no sé cuál sería, donde le daban a uno un papel que equivalía a una especie de credencial porque uno no tenía ni una identificación, era un papelito nomás.

¹⁶ Braulio Maldonado, *Baja California. Comentarios políticos y otras obras selectas*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Baja California, 2006 (Colección Baja California: Nuestra Historia, vol. 4), p. 207.

Por cierto, lo del acta de nacimiento, todavía no tenía 18 años, tenía no sé si 16 todavía o 17 cumplidos, entonces borré con un borrador común la fecha de mi nacimiento y en algún lugar, alguna oficina por ahí donde vi que tenían una máquina de escribir, pedí que por favor me le pusieran como año de nacimiento el que correspondía para que tuviera 18 años; lo pusieron y aunque se veía perfectamente que estaba alterada, ni aun así pusieron peros. Me dieron en Mexicali el papelito, creo que el acta de nacimiento se quedaba ahí y yo me quedaba con el papelito.

Ese “papelito” al que se refería *Nacho* no era cualquier papel. Era el que lo autorizaba a ser contratado como bracero. En Empalme, que fue uno de los principales centros de reclutamiento de braceros para el noroeste de México, pasaban semanas y hasta meses para que un aspirante a bracero pudiera salir en las listas y obtener ese documento.



Trabajadores mexicanos amontonados en espera de ser contratados como braceros, Mexicali, México, 7 de enero de 1954, UCLA, Library Special Collections, Charles E. Young Research Library.

En Mexicali, diariamente se hacían filas con cientos de estos aspirantes, que se amontonaban sin control alrededor del edificio de la aduana, frente a la población fronteriza de

Caléxico, en donde los futuros braceros eran maltratados tanto por las autoridades mexicanas como las estadounidenses. Del Río, en tono de denuncia, recapitulaba sobre esa situación:

Bueno, hasta ahí la cosa era latosa por la fila, pero no necesariamente un maltrato; desde el momento en que pasamos la garita y que nos reciben los de la Migración, en Caléxico eran gritos, empujones, regaños, nos bañaban con una especie de polvo, *spray*, dizque para los animales, los piojos. De ahí nos llevaron a El Centro, donde nos dieron una credencial con retrato y un par de sándwiches.



Braceros mexicanos durante revisión médica en Caléxico, California, frontera con Mexicali, México, 27 de enero de 1954, UCLA, Library Special Collections, Charles E. Young Research Library.

En El Centro, California, una población ubicada unos 20 kilómetros al norte de Mexicali, el Departamento de Trabajo del país vecino había establecido uno de los centros de contratación a donde llegaban braceros mexicanos para que los agricultores de California y Arizona seleccionaran el personal requerido en sus ranchos y granjas.¹⁰ De ahí salían camiones llenos, cargados de jornaleros y campesinos mexicanos, y fue así como lo llevaron a trabajar en la cosecha del tomate, cerca de Stockton, en el norte de California.

Cuando se percató que en el campo vecino trabajaban puros indocumentados a los que les pagaban el doble que a los braceros, de inmediato se deshizo de la credencial: “En cuanto dejé el

¹⁷ *Excélsior*, 7 de diciembre de 1955.

campo en donde estaba la tiré, porque si no te iba peor, si veían que habías salido de bracero. En cambio decías: me pasé como indocumentado”. Esperó a que le pagaran y se regresó a Del Rey, California, entre Fresno y San José, en donde había hecho amistad con un contratista de nombre David, que *Nacho* conoció durante sus anteriores incursiones en esa entidad y con el que trabajó durante varias temporadas. “Me fui a trabajar con don David en la uva. Cerca de Del Rey había muchos campos de algodón, ahí había naranja, ciruela, uva, y más al norte, por Stockton, manzana y cereza, por la costa, betabel, más al sur, hacia Los Ángeles, limón y naranja”.

Ese ir y venir del futuro historiador era sin planes precisos. El propósito era juntar dinero y gastarlo. Hizo un grupo de amigos procedentes del Distrito Federal o de otra ciudad grande como Guadalajara o de Veracruz, unidos por el origen urbano. Hasta compraron un carro usado que se les desbieló por falta de aceite y dejaron abandonado en la carretera. “Nosotros cuando cobrábamos no mandábamos giros a nuestras casas, como los que venían del campo, sino que nos los gastábamos en pachangas, bebidas, en el carro y en ropa”, aceptaba sin pena Del Río. “Creo que lo más que mandé fueron unos 150 dólares” y nos reveló: “Muy pronto comencé a vestirme y andar como pachuco. Cuando llegué a Tijuana la primera vez, al mes ya andaba apachucado. Y así hasta que me regresé”.

Yo sí era pachuco, pero pachucón, hasta me compré unos zapatos de ante azules. Los cuellos levantados para arriba, el pelo hacia atrás, separado con una raya, un poquito de copete y una melenita muy acá, como cola de pato. El pantalón casi cayéndose a la altura de la cadera, mucho *levis*, pero el gringo que era muy duro, al que le quitábamos las presillas y lo volteábamos por donde va el cinto. En el *levis*, en un lugar no sé si se llama “presilla” le hacía un hoyito y ahí metía rollitos de billetes y cuando lo necesitaba sacaba un billetito.

No usábamos ningún cinto pero sí trajes con sacos largos. La camisa abierta y una cruz colgando sin que esto tuviera una significación religiosa, era más bien moda. A las camisas les cortábamos las mangas. A los pantalones *levis* les poníamos adornos de remaches. Habían quienes se tatuaban, que se ponían una cruz en la mano, tatuajes.

¡Ah! Y otra cosa típica eran los paraditos y el caminado, no se caminaba normalmente.

Esto del “apachucamiento” según el decir de *Nacho* les pasaba a muchos que procedían de ciudades mexicanas, a los de origen urbano: “Era una manera de ser fácilmente aceptado por ciertos sectores que se mueven mucho en la frontera, gente fronteriza, entre ellos los que se

decían pachucos y más comúnmente *chucos*. Era una cierta identidad. Además, los chicanos podían sentir más afinidad con los emigrantes de origen urbano y apachucados”.

Otra cuestión muy importante era la del lenguaje. Añade:

Había que aprenderlo inmediatamente: *Baisa* es la mano, los zapatos, *calcos*, los pantalones, *tramados*. *Lisa* es la camisa, el sombrero, el *tando*, trabajo, *jale* o *camellar*, comer, *refinar* o sea el *refín*. Casa, *chante*, la mujer es la *wisa*, el carro, la *ranfla*. Si oían que no entendías eso o que no hablabas no te aceptaban. Y luego decíamos: “¿Qué pasó loco?, ¿oye, tú, bato?”.

El inglés como idioma era sólo una referencia, unas cuantas palabras para conseguir trabajo, algunas castellanizadas como “la *marketa*” para referirse a las tiendas de comestibles o “*blockes*”, a las cuadras o manzanas de una calle. “Eso es lo malo, que no aprendías el inglés porque había mucha gente con la que hablabas en español” reflexionaba. “Hablabas en inglés con los gringos o con la gente que te podía contratar pero un inglés muy, muy, cómo diríamos, muy burdo”.

Sorprende darse cuenta de la capacidad del casi niño para adaptarse a las circunstancias, lo que indiscutiblemente lo curtió para la vida. Cuando relata cómo se movía por el territorio mexicano, yendo y viniendo desde México, por Guadalajara, Mazatlán, Hermosillo, Caborca, Benjamín Hill, Mexicali, hasta Tijuana, poquito a poco, tardando unos 15 días en llegar, bañándose y durmiendo en parques, trampeando trenes, corriendo peligros como cuando se metió a un vagón donde llevaban ganado y que de repente se alebrestaron los animales y comenzaron a mover los cuernos, o cuando los bajaron en medio del desierto y los dejaron ahí u otra en la que los balearon porque se metieron a un ranchillo a robarse una sandía.

Una de las veces que trampeé un tren de Benjamín Hill a Mexicali fue tremendo porque llevaban soldados en lugar de policías. En cada estación bajaban los soldados y para poder trampear el tren necesitabas esperar a que se subieran los soldados y entonces a correr y meterte en un lugar en donde no te alcanzaran.

Nos enteramos de sus intentos por trabajar en México, como cuando anduvo de lanchero en Acapulco, subiendo y bajando turistas que iban a las playas de Caleta o Caletilla o a la isla de la Roqueta pues “como medio hablaba inglés conseguía clientes para las lanchas”, experiencia que reafirmó sus deseos de irse al Norte. En ese puerto ya había trabajado haciendo limpieza en una estación de autobuses Flecha Roja, lavando los baños de la sala de pasajeros, barriendo y

trapeando el polvo. O cuando en Hermosillo se puso de acuerdo con un conocido de ocasión para comprar un tambo de aceite y un cucharón que les permitiera preparar agua fresca de limón con azúcar, para venderla a los aspirantes a braceros que deambulaban alrededor del centro de contratación que ahí existió, antes de ser sustituido por el de Empalme. “Vi que había mucha gente así con vestimenta y aspecto de campesinos, esperando la contratación y eso hicimos durante tres semanas o un mes, hasta que nos peleamos”.

Con las ganancias de la venta de limonadas, adquirió un cajón de bolero con todo y su banquillo para sentarse y su cajón para que el cliente también lo hiciera. En un parque que estaba a una cuadra de la ya desaparecida estación de trenes, bajo un árbol que localizó muchos años después en uno de sus viajes a Hermosillo, el joven Del Río daba grasa entre las ocho de la mañana y las tres de la tarde, sacando para la comida, yéndose al cine por las tardes y durmiendo en un lote baldío grandote, al lado de los aspirantes a braceros, sobre unos cartones que resguardaba cada mañana en las ramas de un árbol.

Por cierto, fue en Hermosillo donde el joven defeño se planteó la posibilidad de contratarse como bracero. Se encontró a un amigo de sus andanzas californianas, *El Veracruz*, que andaba vendiendo cuadros mientras arreglaba su contratación como bracero. El día que lo vio yéndose en un autobús junto con otros contratados, se dijo: “Sería bueno, ya que está tan duro para pasar, irse así”.

Nunca anduvo solo, salvo raras ocasiones, porque *Nacho* manifestaba que era común hacer alianzas con un compañero eventual, formando pareja de viaje, y por cualquier desavenencia separarse y luego buscarse otro aliado. “Se forman grupos de dos o tres compañeros que se deshacen, se va uno y se incorpora otro. Se disuelve un grupo y se integra otro”. Todos lo hacían por sobrevivencia. “Es raro que anden completamente solos, porque se apoyan, se auxilian, se protegen”, explicaba.¹¹

CAPATACES Y FAENAS AGRÍCOLAS

Los amigos circunstanciales tuvieron un rol importante en la definición de las rutas seguidas por el aprendiz de inmigrante, pues los lugares de destino cambiaban en función de la experiencia

¹⁸ Esto no es casual. Según Laparra *et al.*, las redes conectan migrantes y no migrantes a través del tiempo y del espacio, y son de vital importancia en el proceso migratorio; familiares, amigos, vecinos, conocidos, compatriotas, prestamistas, expertos y solidarios, todos son movilizados para facilitar el proceso y todos aportan algo, desde consejos a dinero (citado por Anguiano y Cardoso, “Redes sociales”, p. 216).

laboral previa de los acompañantes fortuitos. Fue de esta manera que *Nacho* llegó hasta Visalia y la primera vez que fue a Stockton. Poco a poco recorrió el estado de California hacia el norte y fue aprendiendo el tejemaneje para subsistir en la costa oeste de Estados Unidos. A veces simplemente ir caminando por una brecha, llegar a una granja y pedir trabajo.

Sobrevivió a las zozobras y vericuetos que significaba vivir como indocumentado al lado de amigos ocasionales. “Andabas en la calle y de repente llegaba la julia, con la famosa frase: ‘*your papers?*’ Si era la Migración la que te agarraba, a veces directamente te llevaban a la frontera y te pasabas una noche, un día, unas horas en el corralón de San Ysidro”, aunque asentaba que a partir de abril, que es cuando se desahíjan los árboles frutales y la vid, y hasta octubre, que termina la última pizca del algodón, disminuían tajantemente las redadas de indocumentados. “Cuando había trabajo, se hacían disimulados y hasta amables eran con uno”, añadía.

Nacho se acostumbró a andar a salto de mata:

No era el fin del mundo, había veces que te llevaban al corralón de San Ysidro, a veces a San Diego, un corralón que ahí había, a mí me echaron varias veces, un par de ellas, habiéndome agarrado en California, me echaron por Nogales, en el ánimo quizá de alejarnos.

En 1952 cuando entramos la primera vez, nos sacarían dos o tres veces. Luego pasó un mes sin que nos sacaran. Eso fue cuando estuvimos la primera vez en Encinitas, tal vez unas tres semanas.

Una vez no me agarró la Migra sino la Policía. Eso fue en Los Ángeles. Estaba sentado con unos cuates en la Placita Olvera y nos llevan a la cárcel que estaba en el City Hall, ese edificio largo, muy emblemático de Los Ángeles. Nos ficharon, luego nos pasaron a Migración y nos sacaron de Estados Unidos. Eso ha de haber sido en el 53.

Cuando estábamos en Delano, nos sacaron, éramos como 20 ahí en el campo –campo se le llamaba al galerón con camas–, llegó la Migra a medianoche y ni la ropa nos dejaron recoger. Creo que nos llevaron a Bakersfield, luego a Los Ángeles y de ahí en camión a San Ysidro de donde nos pasaron a México.

En diciembre agarré mi maletita, me fui a Fresno primero y ahí se me ocurrió comprarme un boleto para Tijuana, y después de guardar mi maletita en uno de los *lockers* de la estación de autobuses, se me ocurrió ir a comprarme una chamarra y saliendo de la tienda ¡que me agarra la Migra! A pesar de mi insistencia, no me dejaron recoger mi maleta, perdí mi boleto. Me echaron y me fui a Ciudad de México y de ahí me regresé al año siguiente.

En una de las ocasiones que lo capturaron lo echaron por Texas. “Me agarraron en algún lugar de California, no sé cuál, y me llevaron a San Diego y de ahí en avión hasta McAllen, en donde estuve en un corralón varios meses”, nos comentó. En el campamento dormían, mal comían y eran maltratados por los encargados del lugar. No a todos los expulsados los mandaban a ese sitio, sino que eran selectivos. Los camiones procedían de diferentes lugares, de Nuevo México, de Texas y tal vez de Chicago. Cuando juntaron alrededor de 800 mexicanos, salieron de Puerto Isabel, Texas, a bordo del barco *Emancipación*.

Entre las bodegas, las distintas cubiertas, en los pasillos, sin cobijas y mal comidos pasaron los tres días que duró la travesía marina hasta Veracruz. La mitad del trayecto, lo hicieron en medio de la lluvia y el mal tiempo y al llegar al puerto mexicano les dieron un par de sándwiches y dinero. “Con eso te subías al tren y ya bájate donde quieras”.

Con excepciones, como cuando cruzó por Mexicali o por Los Algodones, el pueblo que está al otro lado de Yuma, Arizona, la mayoría de los trayectos realizados fueron por Tijuana, y por la vía del tren que llevaba a San Diego, recorriendo una y otra vez las mismas poblaciones: National City, Chula Vista: “Rara vez te ibas por otra parte, era la misma ruta. A mí me tocó una etapa en que pasar era muy cómodo”.

Al principio trabajó en varios lugares cercanos a San Diego, uno de ellos, Encinitas, en donde además de haber lavado platos en un restaurante, pizcó pepinos, calabacitas verdes, ejotes y chícharos. Sin embargo, el objetivo era llegar hasta más arriba de Los Ángeles, porque en cuanto más subías al norte era mucho mejor el pago: la diferencia era de siete, ocho, diez, doce dólares. “Entre más cerca estabas de la frontera, eran más bajos los sueldos”, nos aclaró.

En Encinitas le pagaban muy poco, un dólar diario y la comida, que consistía en un plato de lechuga y vegetales con unas rebanaditas de jamón o algo parecido. Ahí dormía en una casuchilla, hacinado junto a otros cuatro compañeros y la granja donde trabajaba la dirigía una gringa a la que le pusieron *La Bonita*, reseñaba con precisión.

Cuando estaba en Encinitas me fui a trabajar con un vecino de la granja donde estaba y ese día la mala suerte, llegó la Migra y ahí voy para fuera. Me llevaron hasta la mera frontera, al corralón que estaba a dos kilómetros de la frontera, arriba en el cerrito, en San Ysidro. El corralón estaba generalmente casi lleno, tal vez en una época del año más que en otra. Unos 300.

Sin embargo, esto no amilanó a *Nacho* quien volvió a pasarse, siguiendo la misma ruta de la vía del tren de San Diego. Esta vez lo hizo solo y por los rumbos de Encinitas estuvo de

aprendiz de albañil de un señor que estaba haciendo una casa y que lo trató muy bien, como si fuera casi de la familia y “además con cariño. Tendría en ese entonces unos 15 años, no había cumplido los 16. Ha de haber sido en el 53”.

Ante la falta de buenas oportunidades laborales, optó por seguir hacia arriba. A pie, solo, llegó a Oceanside y trampeando en el tren a Los Ángeles y después en autobús hasta Visalia, en donde un conocido casual le había contado de una señora llamada *Conchita* en donde se podía abonar. “En esa época era campo y luego el pueblo, campo y pueblo, campo y pueblo. He pasado por ahí y todo es irreconocible, todo ya cambió”, señalaba.

Conchita resultó ser una viejita sola a la que le faltaba una pierna. En su casa, los abonados comían alrededor de una mesa grande los guisados que ella, sentada, preparaba. “En la parte de atrás, en el patio, tenía varios cuartos, de mediano tamaño, con camas rústicas y ahí vivíamos los abonados. Lo bueno era que ella te fiaba e iba anotando en una libretita, para que cuando viniera el trabajo le pagaras. Eso estaba muy bien, porque era una temporada en la que no había mucho trabajo”, puntualizaba nuestro entrevistado.

Después de unos dos meses en Visalia, a inicios de 1954, *Nacho* se subió a un camión que buscaba trabajadores para ir a la costa, a King City, al desahije del betabel, uno de los trabajos más duros entre las faenas agrícolas. “Una cosa verdaderamente terrible”, exclamaba todavía al acordarse: “Déjame decirte que en los campos de betabel, en los galrones donde dormían los trabajadores, en las noches parecían hospitales, todo mundo quejándose, gritando ayes de dolor, ¡ay!, ¡ay!”.

En esa época, el desahije del betabel se hacía la mayor del tiempo agachado, con un pequeño azadón de unos 35 o 40 centímetros, con el que se iba dejando un espacio de unos 20 centímetros entre cada matita, para que el betabel creciera grande y no constreñido.. “Después de 50 metros de estar agachado con el azadón, ya te levantas con dolor de cintura. Además, cuando desahijas betabel –añadía– llega un momento en que por el frío, la mano ya no se abre fácilmente, por lo que debes darte un masaje en los dedos para que se te puedan abrir”. Pero no sólo era un trabajo difícil, sino muy mal pagado.



Desahíje de betabel, valle de San Joaquín, California, *circa* 1965, San Joaquin Valley & Sierra Foothills Photo Heritage.

Huyendo de King City llegó a Stockton a la cosecha de la fresa, en donde las jornadas eran menos duras pues, como repasaba, “puedes irte con más calmita, más lentamente, hay que ir escogiendo la fruta y acomodándola”. El siguiente punto en el peregrinaje laboral fue Manteca, de donde con un grupo de conocidos se dirigió a Fresno. En el camino, en un lugar llamado Del Rey, se puso en contacto con un contratista llamado David, para el que trabajó originalmente en el desahíje de la uva.

El encuentro con don David fue crucial para el niño-adolescente defeño. A partir de ese momento, *Nacho* se convirtió en uno de los integrantes de las cuadrillas de trabajadores del contratista. Con él estuvo no sólo en Del Rey sino en otros lugares como Delano, por los rumbos de Bakersfield. Se adiestró en las diferentes fases del trabajo agrícola, desde la siembra hasta la cosecha. En la uva, en el chaboleo,¹² el desahíje, la pizca y su acomodo y traslado en cajas, comenzando como jornalero y ascendiendo a la categoría de *swamper*, especie de cargador. Lo

¹⁹ Según lo refiere Ignacio del Río, así se le decía a limpiar la hierba alrededor de la parra.

mismo fue con el durazno, la ciruela y la uva Thompson. y tienes que cortarla y ponerla sobre Cerca de Del Rey pizcó algodón:

Con don David, el joven indocumentado tuvo cierta estabilidad no sólo laboral sino de otra índole: comida asegurada, “claro que te la descontaba del pago”, un lugar donde vivir, “don David tenía unos cuartitos muy pequeñitos con dos literas, éramos cuatro en cada uno, y un par de baños colectivos” y compañeros de trabajo con los que compartía la vida social de jóvenes jornaleros que tenían un origen urbano como él.

El contratista tenía sus cuadrillas de peones, las llevaba y las ponía a trabajar. Cobraba y luego él les pagaba. Según el decir de nuestro entrevistado todos los contratistas hablaban español, y entre ellos había uno que otro mexicano inmigrado, pero ya viejos. La mayoría eran nativos de Estados Unidos, pero para *Nacho*, los de California eran “cuates”, incluso a algunos los llegó a considerar “muy amigos”. De los capataces, 95% eran mexicanos pero también había filipinos.¹³ “Gringos muy pocos”. Del Río estableció vínculos especiales con don David, pues cuando estuvo en Stockton en la cosecha del tomate, abandonó el lugar para irse de nuevo con él: “En 1954, entre septiembre, octubre y noviembre, volví a trabajar con don David en Del Rey”.

Los cerca de tres años pasados entre 1952 y 1955 por *Nacho* en el país vecino, lo capacitaron en los vericuetos de las arduas faenas agrícolas, pues casi siempre trabajó en el campo: pizcó ejotes hincado de rodillas, cortó racimos de uva por la mitad para que después creciera la uva, aprendió a anillar el tronco de la uva con un cuchillo especial y a no cortarse los dedos con los agudos picos de las bolitas de algodón remanentes de las primeras cosechas; se llenó los dedos de “padrastrós”¹⁴ por la sustancia que sueltan los tomates al cosecharlos, haciendo que le sangraran los dedos y soportó jornadas de hasta diez horas diarias. Llegó a ganar entre 12 y 14 dólares diarios, un dineral en aquel entonces, que nada tenían que ver con lo que le pagaron en Caborca, Sonora, en donde trabajó en el chaboleo y desahíje de la parra, con un salario de 12 pesos diarios de los cuales casi todo se le iba en la comida: “Imagínate allá, en

¹³ Desde la segunda década del siglo pasado (1920) una gran cantidad de filipinos empezaron a llegar a California a trabajar en los campos agrícolas, siendo usados muchas veces por los granjeros como esquirols. Se asentaron principalmente en Stockton y Salinas y en los valles de San Joaquín y Sonoma, Aarón Terrazas, “Filipino Immigrants in the United States”. Migration Information Sources, en <<http://www.migrationinformation.org/usfocus/display.cfm?ID=694>>, consultado el 5 de noviembre 2013.

¹⁴ Así se le denomina a los pellejitos que se forman en los dedos y manos a los cuatro o cinco días de estar cosechando tomate.

California, con lo que ganabas en una, dos semanas te comprabas un carro, viejo, usado, pero carro al fin”.



Mapa del estado de California en donde el joven Ignacio del Río trabajó como jornalero agrícola (Mapa elaborado por Eduardo Medina Gutiérrez)

EL REGRESO A ÍTACA

Después de este ajeteo, de ese ir y venir, nuestro joven amigo se cansó. “No me hallaba, no me hallaba”, reflexionaba. Ya había alentado el deseo de volver a casa cuando se enteró de que su padre se había separado de su segunda mujer, por lo que le escribió y con gran alegría éste le respondió que lo recibiría con los brazos abiertos. “A través de mi tía me contestó que sí, que desde luego, que bienvenido, que qué bueno que ya pensara eso”. Coincidió con que al estar trabajando en Bonita, cerca de San Diego, lo agarró la Migra. A pesar de que se escondió en un matorral lo pescaron. “Fue la última vez que me echaron y dije: pues ya mi papá me dijo que sí, pues me voy y decidí regresar a México”, nos expuso.

Era el mes de mayo de 1955. Fue así que regresó definitivamente a nuestro país. “Me fui en camión a Mazatlán, luego al DF y de ahí, en avión a La Paz”. Por fortuna, no se encandiló con Estados Unidos. Nunca le gustó el excesivo orden, la vida demasiado reglamentada, tanta rigidez. En cambio, cada vez que regresaba a su tierra sentía una gran alegría: “Es un sentimiento que lo recuerdo así, muy vivo”, reconocía el ex bracero. “Ya fuera México o Tijuana me decía: ¡ay! Ya regresé donde todos me hablan, con todos me puedo entender. Y Ciudad de México se me hacía muy bonita, comparada con aquellas cosas de allá”.

El regreso a La Paz, la capital del entonces Territorio Sur de la Baja California, significó para el joven de 18 años el fin de su experiencia como jornalero indocumentado en los campos californianos, el cierre de una etapa y el inicio de otra que lo conduciría hacia los caminos de Clío.



Algunos de los lugares recorridos por el joven Ignacio del Río entre 1950-1955
(Mapa elaborado por Eduardo Medina Gutiérrez)

CONCLUSIONES

La historia de este programa es, principalmente, una historia de hombres. Mediante el Programa Bracero se satisfizo la demanda estadounidense de fuerza de trabajo barata. Los granjeros estadounidenses recibieron de preferencia a hombres jóvenes, con brazos fuertes, dispuestos a trabajar muchas horas.¹⁵ Hombres “solos”, resultado de la prohibición explícita de incluir mujeres en dicho programa.

La experiencia narrada por Ignacio del Río lo comprueba. No recordaba haber visto mujeres. En general, según lo rememoraba, las mujeres que entonces pasaban era para trabajar de sirvientas en casas y algunas en bares. “Te enterabas que fulana trabajaba en una casa y era indocumentada o si llegabas a tomar una copa o una cerveza en un bar, la que servía era una mujer mexicana, pero que trabajaran en el campo, no”.

Salvo la ocasión en que pasó por Mexicali y fue contratado como bracero, las incursiones de Ignacio del Río en California, siempre las hizo como indocumentado. Lo vivido entonces por el niño-adolescente es una muestra del trasiego constante de mexicanos que cruzaban la frontera

¹⁵ Marjorie S. Zatz, “Using and abusing mexican farmworkers. The Bracero Program and the INS”, en *Law and Society Review*, vol. 27, núm. 4, 1993, p. 857.

norte de México al margen del convenio binacional existente y que llegó a ser el doble de los que lo hacían bajo el amparo gubernamental. Informes de la época calculan en casi 200 mil el número de braceros contratados en 1953, lo que contrasta con las 800 618 deportaciones reportadas ese mismo año por fuentes oficiales estadounidenses.¹⁶ El alarmante movimiento de población expulsada nos habla del registro múltiple de jornaleros que entraban y salían con frecuencia. Tal fue el caso de *Nacho* quien, como ya lo mencionamos, calculaba haber entrado a territorio yanqui alrededor de unas 20 y 25 veces en un lapso de cinco años.

No sólo eso. Lo expuesto por Del Río nos confirma la existencia de un mercado laboral paralelo: por un lado el de los braceros y, por el otro, el de los indocumentados conocidos como *wetbacks*. El número de estos últimos creció de tal manera, que el año de 1954 quedó registrado en la historia como el de la dolorosa Operación *Wetback*, que ocasionó, según algunas fuentes, la deportación de 1 075 168 mexicanos indocumentados.¹⁷

La idea generalizada del origen rural de los participantes en esta ola migratoria también es cuestionada. No todos eran campesinos. También estaban los de extracción urbana, con una actitud distinta, más en busca de aventura. Y entre ambos grupos no había mucha comunicación. “Ellos –evocaba Nacho– veían con mucha desconfianza a los migrantes urbanos, a los apachucados, se apartaban, trataban de estar entre ellos. No hacían fácilmente migas”.

El retrato proporcionado por Del Río acerca de las redes de apoyo existentes entre la población mexicana migrante y la forma en que éstas funcionaban es enriquecedor. Nos ayuda a entender los mecanismos existentes para la movilización de la fuerza laboral requerida para el levantamiento de las cosechas agrícolas. En los estudios sobre migración internacional, se considera a las redes de relaciones sociales como apoyos a la movilidad de las personas involucradas en los procesos migratorios reduciendo costos y riesgos y ampliando las posibilidades y oportunidades para una movilidad exitosa, que incluye desde los inicios hasta los desplazamientos entre los lugares de origen y destino.¹⁸

Resalta el papel que tiene el capataz, como intermediario, al asegurar el suministro de mano de obra para las faenas del agro californiano. Pero no sólo eso, sino el tipo de relación que

¹⁶ Aidé Grijalva *et al.*, “Braceros fuimos y a vivir aquí nos quedamos. Migración y frontera”, en José Moreno Mena *et al.* (coords.), *Éxodos, veredas y muros: Perspectivas sobre la migración*, Mexicali, UABC, p. 256.

¹⁷ Mónica Vereas Campos, *Entre México y Estados Unidos*, México, Ediciones El Caballito, 1982, p. 28.

¹⁸ María Eugenia Anguiano Téllez y Melissa Cardoso López, “Redes sociales en la migración internacional mexiquense” en Juan Gabino González Becerril y Jaciel Montoya Arce (comps.), *Migración mexiquense a Estados Unidos. Un análisis interdisciplinario*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población, 2012, p. 215.

se establecía entre éste y los integrantes de sus cuadrillas. Tal como lo mencionaba *Nacho* no eran únicamente laborales, sino que se creaban vínculos de amistad, casi familiares hasta de cariño. No había maltrato de éstos hacia los jornaleros, los cuales, como en el caso de *Nacho*, sin experiencia en las faenas del campo, eran adiestrados para las duras jornadas laborales. El agravio se daba en otro nivel. La descripción de las tareas realizadas, las cuales se llevaban a cabo sin o con las mínimas condiciones de seguridad, sin equipo adecuado, con métodos rudimentarios remite a la época del esclavismo estadounidense.¹⁹ Era la etapa previa a la mecanización de muchos de estos quehaceres, por lo que había una gran demanda de mano de obra.

En toda esta historia, el gobierno mexicano sólo estuvo presente en un par de ocasiones: a través de la maquinaria burocrática que le expidió en Mexicali la autorización para ser contratado como bracero y cuando lo transportó en barco desde Texas hasta Veracruz, en donde le dieron dinero para que se subiera al tren.

Resalta la participación de jóvenes menores de edad, casi niños, adolescentes, como braceros, en calidad de indocumentados. Tal como lo contaba el fallecido historiador era algo común y tolerado por los contratistas y capataces. Este aspecto es un punto que no ha sido explorado con suficiencia en los estudios actuales sobre el Programa Bracero, una veta más por analizar dentro de este fenómeno social.

Tampoco es casual que las aventuras braceriles del adolescente defeño hayan sido en el estado de California. En esos años, como lo señala Catherine Vézina, se llevaron a cabo una serie de acuerdos entre los gobiernos de México y de Estados Unidos para garantizar la provisión de abundante mano de obra para los exigentes agricultores californianos.²⁰

La narrativa de Ignacio del Río, sobre su experiencia laboral en los campos agrícolas californianos, corrobora la riqueza de este tipo de relatos como fuentes valiosas de información.²¹ Tal como advierte Snodgrass, la experiencia de los braceros es casi una historia secreta²² y por tal motivo, existen aún interrogantes de gran importancia. Una de ellas, identificar

¹⁹ “Tratan a los braceros como esclavos”, *El Sol de León*, 14 de noviembre de 1948.

²⁰ Catherine Vézina, “Dry-Out the Wetbacks! La regularización de los trabajadores mexicanos ilegales como método de contratación del Programa Bracero en California y en Estados Unidos, 1949-1950”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, 2013, pp. 121-150.

²¹ En este caso especial, la gran capacidad del entrevistado de sistematizar sus recuerdos y su memoria prodigiosa facilitaron mucho la reconstrucción de su experiencia como indocumentado en Estados Unidos.

²² Michael David Snodgrass, “Braceros: narrativas de la inmigración y la historia descuidada del trabajo agrícola en Estados Unidos”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, 2013, p. 33.

quiénes eran esos sujetos denominados genéricamente como braceros,²³ pues con o sin papeles del gobierno, todos ellos así se consideraban. Los estudiosos de este tema aún tenemos infinidad de preguntas sobre este fenómeno migratorio finalizado hace 50 años. El relato hecho por el especialista en la California jesuítica es, sin duda, una importante contribución para entender mejor ese acontecimiento histórico.

REFERENCIAS

Archivos

UDLAP, *PHC* Universidad de la Américas, Sala de Colecciones
Especiales, Archivo *Pablo Herrera Carrillo*, Biblioteca,
Cholula, Puebla.
El Sol de León
Excélsior

BIBLIOGRAFÍA

ANGUIANO Téllez, María Eugenia y Melissa Cardoso López (2012), “Redes sociales en la migración internacional mexiquense”, en Juan Gabino González Becerril y Jaciel Montoya Arce (comps.), *Migración mexiquense a Estados Unidos. Un análisis interdisciplinario*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población, pp. 213-230.

CÓRDOBA Ramírez, Irina (2013), “Memoria, testimonios, estereotipos y olvido. Problemas metodológicos en las representaciones sobre los braceros”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, pp. 91-106.

MALDONADO, Braulio (2006), *Baja California. Comentarios políticos y otras obras selectas*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Baja California (Colección Baja California: Nuestra Historia, vol. 4).

SCRUGGS, Otey M.(1963) “Texas and the Bracero Program, 1942-1947”, en *Pacific Historical Review*, vol. 32, núm. 3, agosto, pp. 251-264.

²³ Verónica Zapata Rivera, “La movilidad de los braceros en la dinámica capitalista”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, 2013, p.107.

SNODGRASS, Michael David (2013), “Braceros: narrativas de la inmigración y la historia descuidada del trabajo agrícola en Estados Unidos”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, 2013, pp. 33-54.

TERRAZAS, Aarón (2013), “Filipino Immigrants in the United States”. Migration Information Sources, en <<http://www.migrationinformation.org/usfocus/display.cfm?ID=694>>, consultado el 5 de noviembre de 2013.

VEREA Campos, Mónica (1982), *Entre México y Estados Unidos*, México, Ediciones El Caballito.

VÉZINA, Catherine (2013), “Dry-Out the Wetbacks! La regularización de los trabajadores mexicanos ilegales como método de contratación del Programa Bracero en California y en Estados Unidos, 1949-1950”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, pp. 121-150.

ZAPATA, Rivera, Verónica (2013), “La movilidad de los braceros en la dinámica capitalista”, en *Istor*, año XIII, núm. 52, primavera, pp. 107-120.

ZATZ, Marjorie S. (1993), “Using and abusing mexican farmworkers, The Bracero Program and the INS”, en *Law and Society Review*, vol. 27, núm. 4, pp. 851-864.

IMÁGENES

Trabajadores mexicanos amontonados en espera de ser contratados como braceros, Mexicali, México, 7 de enero de 1954, UCLA, Library Special Collections, Charles E. Young Research Library, en <<http://content.cdlib.org/ark:/13030/hb0v19n72p/?query=BRACEROS&brand=calisphere>>.

Braceros mexicanos durante revisión médica en Caléxico, California, frontera con Mexicali, México, 27 de enero de 1954, UCLA, Library Special Collections, Charles E. Young Research Library, en <<http://content.cdlib.org/ark:/13030/hb9q2nb6pd/?query=mexicali&brand=calisphere>>.

Desahíje de betabel, valle de San Joaquín, California, circa 1965, San Joaquin Valley & Sierra Foothills Photo Heritage, en <<http://content.cdlib.org/ark:/13030/t2199q16g/?query=SAN%20JOAQUIN%20VALLEY%20FIELD&brand=calisphere>>.